



Universidad Andrés Bello
Facultad de Arquitectura y Diseño
Escuela de Arquitectura
Santiago

CARTOGRAFIAS URBANAS

Profesor: **JOSÉ LUIS LLANO LOYOLA**
Ayudante: **PATRICIO DE STEFANI**

UNAB
Santiago

Quaderns d'arquitectura i urbanisme N° 238

Ed. Reunidas SA / GRUPO ZETA
Barcelona, 2003

Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva

Guattari, Félix

(1239 a 1269 pp.)

Trabajo Grupal

NOTACION DEL INTÉRPRETE

Este material bibliográfico solo tiene fines docentes

Marzo 2010

Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva¹

Félix Guattari

El ser humano contemporáneo está fundamentalmente desterritorializado. Sus territorios existenciales originarios –cuerpo, espacio doméstico, clan, culto ya no se asientan sobre un terreno firme, sino que se aferran a un mundo de representaciones precarias y en perpetuo movimiento. Los jóvenes que deambulan con un walkman pegado a la oreja sólo escuchan melodías producidas lejos, muy lejos, de su tierra natal. Además, ¿qué puede significar para ellos “su tierra natal”? Seguramente no se trata del lugar donde reposan sus antepasados, donde vieron la luz y morirán. Ya no tienen antepasados; han ido a parar allí sin saber porqué y desaparecerán de la misma manera. Una codificación informática les “asigna una residencia” a partir de una trayectoria socio-profesional que los programa, unos en una posición relativamente privilegiada, otros en una de beneficiarios.

Hoy en día todo circula, la música, la moda, los eslóganes publicitarios, los *gadgets*, las sucursales industriales y, por tanto, todo parece permanecer en el mismo lugar, hasta el punto de que las diferencias se borran entre situaciones manufacturadas y dentro de los espacios estandarizados donde todo se ha vuelto intercambiable. Los turistas, por ejemplo, hacen viajes casi inmóviles, transportados en los mismos autocares, en las mismas cabinas de avión, duermen en las mismas habitaciones de hotel climatizadas y desfilan delante de monumentos y paisajes que ya han visto cientos de veces en los folletos y las pantallas de televisión. La subjetividad está amenazada por la petrificación. Se ha perdido el gusto por la diferencia, por lo imprevisto, por el acontecimiento singular. Los concursos televisados, el *star system* dentro del deporte, los espectáculos, la vida política actúan como drogas neurolépticas que previenen la angustia al precio de la infantilización, de la desresponsabilización.

¹ En: *Quaderns d'arquitectura i urbanisme*. Nº. 238. Ediciones Reunidas, SA / GRUPO ZETA, Barcelona 2003 (Ejemplar dedicado a: Hiperurbano), pags. 38-47

¿Hemos de lamentar la pérdida de las referencias estables del pasado? ¿Debemos desear una parada en seco de la historia? ¿Tenemos que aceptar como una fatalidad la vuelta a los nacionalismos, al conservadurismo, la xenofobia, al racismo y al integrista? El hecho de que hoy en día notables sectores de opinión se vean atrapados por estas tentaciones no las hace menos ilusorias ni menos peligrosas. Sólo si se forjan nuevos territorios transculturales, transnacionales, transversalistas y universos de valor liberados de la fascinación del poder territorializado, se podrán encontrar salidas a la actual situación estancada del planeta. La humanidad y la biosfera juegan la misma partida, y el porvenir de las dos depende de la mecosfera que las envuelve. En otras palabras, no podemos pretender recomponer una tierra humanamente habitable sin reformular las finalidades económicas y productivas, los planes urbanísticos y las prácticas sociales, culturales, artísticas y mentales. La máquina infernal de un crecimiento económico ciegamente cuantitativo, que no tiene en cuenta su impacto humano y ecológico y que además está situado bajo los exclusivos auspicios de la economía del beneficio y el neoliberalismo, debe dar paso a un nuevo tipo de desarrollo cualitativo que rehabilite la singularidad y la complejidad de los objetos del deseo humano. Esta concatenación de la ecología ambiental, de la científica, de la económica, de la urbana, y de las ecologías sociales y mentales la he bautizado con el nombre de **ecosofía**; no para englobar todos estos enfoques heterogéneos dentro de una misma ideología totalizadora o totalitaria, sino para indicar, muy al contrario, la perspectiva de una elección ética y política de la diversidad, del *dissensus* creativo, de la responsabilidad delante de la diferencia y la alteridad. Cada segmento de vida, al permanecer insertado en corrientes transindividuales que lo superan, es comprendido fundamentalmente en su unicidad. El nacimiento, la muerte, el deseo, el amor, la relación con el tiempo, el cuerpo, las formas vivas e inanimadas piden una mirada nueva, depurada, disponible. Esta subjetividad, que el psicoanalista y etólogo de la infancia Daniel Stern denomina el “yo emergente”², la debemos regenerar constantemente. Reconquistar la mirada de la infancia y de la poesía en sustitución de la óptica seca y ciega al sentido de la vida del experto y el tecnócrata. No se trata de oponer la utopía de una nueva “Jerusalén celeste” como la del Apocalipsis, a las duras necesidades de nuestra época, sino de instaurar una “ciudad subjetiva” en el corazón mismo de estas necesidades, reorientando las finalidades tecnológicas, científicas y económicas, las relaciones internacionales (particularmente entre el Norte y el Sur) y la gran maquinaria de los medios de comunicación de masas. Deshacerse, pues, de un nomadismo falso que, de hecho, nos deja allí donde estábamos, en el vacío de una modernidad exangüe, para acceder a las líneas de fuga del deseo, a las que nos conducen las desterritorializaciones maquinales, comunicacionales, estéticas. Crear las condiciones para que emerja, con motivo de una reapropiación de los resortes de nuestro mundo, un nomadismo existencial tan intenso como el de los indios de la América precolombina o el de los aborígenes australianos.

² Stern, D.: **El mundo interpersonal del infante**. Paidós, Psicología Profunda, 1991.

Esta nueva definición colectiva de la finalidad de las actividades humanas depende, en gran medida, de la evolución de la mentalidad urbana. Los prospectivistas predicen que, durante los próximos decenios, cerca del 80% de la población mundial vivirá en aglomeraciones urbanas. Cabe añadir que el 20% residual de la población “rural” dependerá igualmente de la economía y la tecnología de las ciudades. De hecho, la distinción ciudad/naturaleza se modificará profundamente, los territorios “naturales” asumirán gran cantidad de programas de habilitación turística, de ocio, de segundas residencias, de reservas ecológicas, de actividades industriales telemáticamente descentralizadas. Lo que quedará de naturaleza habrá de ser, entonces, objeto de tantas atenciones como el propio tejido urbano. En un sentido más general, las amenazas que pesan sobre la biosfera, el aumento demográfico mundial y la división internacional del trabajo conducirán a la opinión pública urbana a considerar sus problemas particulares sobre el trasfondo de una ecología interplanetaria. Pero, ¿es éste poder hegemónico de las ciudades necesariamente sinónimo de homogeneización, de unificación, de esterilización de la subjetividad? ¿Cómo se conciliará, en un futuro, con las pulsiones de singularización y reterritorialización que hoy en día sólo encuentran una expresión patológica a través del resurgimiento de los nacionalismos, los tribalismos y los integristas religiosos?

Desde la más remota antigüedad, las grandes ciudades han ejercido su poder sobre el campo, las naciones bárbaras y las etnias nómadas (para el Imperio Romano, a un lado y otro del limes). Pero en esas épocas, la distinción entre civilización urbana y mundo no urbano se mantenía, en general, muy marcada, adoptando la forma de oposiciones de índole religiosa y política. Augustin Berque, por ejemplo, analiza muy agudamente la tendencia de la sociedad japonesa urbana tradicional a alejarse tanto del “bosque profundo y de sus quimeras” como de toda aventura mar adentro³. Pero los tiempos han cambiado: los japoneses no sólo han llevado su economía y su cultura a todo el mundo habitado, sino que además, sus alpinistas son los más numerosos, con diferencia, entre los que cada año escalan las pendientes del Himalaya.

La diferencia entre las ciudades ha tendido a desdibujarse a partir del siglo XVI, cuando se dio una verdadera proliferación de modelos de ciudad, de manera correlativa a la emergencia de los procesos de urbanización y equipamiento colectivo de las grandes entidades nacionales y capitalistas. Fernand Braudel⁴ ha estudiado, por ejemplo, la diversidad de las ciudades españolas. Granada y Madrid eran ciudades burocráticas, Toledo, Burgos y Sevilla, también y, además, eran centros de rentistas y artesanos; Córdoba y Segovia eran ciudades industriales y capitalistas; Cuenca era industrial y artesanal; Salamanca y Jerez agrícolas, y Guadalajara, clerical. Otras ciudades, fueron más bien militares, “ovejeras”, campesinas, marítimas, de estudio... Finalmente, la única manera de mantener unidas todas estas ciudades dentro de un mismo conjunto capitalista es

³ Berque, A.: **Vivre l'espace au Japon**. PUF, Paris, 1989.

⁴ Braudel, F.: **La Méditerranéen**. Armand Colin, 1966.

considerándolas como otros tantos componentes de una misma red nacional de equipamientos colectivos.

Hoy en día, esta red de equipamientos materiales e inmateriales se teje a una escala bastante más amplia. Y cuanto más planetaria se vuelve esta red, más se digitaliza, se estandariza, se uniformiza. De hecho, esta situación es el resultado de una larga migración de las ciudades-mundo –como las ha denominado Fernand Braudel- que consiguieron sucesivamente una preponderancia económica y cultural: Venecia, a mediados del siglo XVI, etc., son buenos ejemplos. Según este autor, los mercados capitalistas se desplegaron en zonas concéntricas a partir de centros urbanos que poseían aquellas claves económicas que les permitían captar la parte esencial de las plusvalías, mientras que hacia su periferia éstas tendían hacia un grado cero y los precios alcanzaban valores máximos como consecuencia de un aletargamiento de los intercambios. Esta situación de concentración del poder capitalista en una sola metrópolis mundial se ha visto profundamente alterada a partir del último tercio del siglo XX. Desde entonces, ya no se tratará de un centro localizado, sino de la hegemonía de un “archipiélago de ciudades” o, más exactamente, de subconjuntos de grandes ciudades conectadas por medios telemáticos e informáticos. Así pues, la ciudad-mundo de la nueva imagen del capitalismo mundial integrado se ha desterritorializado profundamente, y sus componentes se han diseminado sobre un rizoma multipolar urbano que abarca toda la superficie del planeta.

Observemos que, si esta configuración en la red planetaria del poder capitalista ha homogeneizado sus equipamientos urbanos y de comunicación, así como la mentalidad de sus élites, también ha exacerbado las diferencias de nivel de vida entre las zonas de hábitat. Las desigualdades ya no se producen necesariamente entre un centro y su periferia, sino entre pequeñas mallas urbanas sobreequipadas tecnológica e informáticamente, y entre zonas de hábitat mediocre para las clases medias y zonas, en ocasiones catastróficas, de pobreza. Ejemplos de ello los vemos en la proximidad de algunas decenas de metros entre los barrios ricos de Rio de Janeiro y las favelas, o en la contigüidad de un punto clave de las finanzas internacionales en uno de los extremos de Maniata y las míseras zonas urbanas de Harlem o South Bronx, sin mencionar las decenas de millares de sin techo que ocupan las calles y parques públicos. En el siglo XIX todavía era frecuente que en los pisos más altos de los edificios viviera gente pobre, mientras que los demás pisos eran habitados por familias ricas. Por el contrario, hoy en día, la segregación social se afirma bajo una especie de encerramiento en guetos, como Sanya, en el corazón de Tokio, el barrio de Kamagasaki en Osaka o los suburbios desheredados de París. Algunos países del tercer mundo están incluso a punto de volverse equivalentes a los campos de concentración, o cuando menos, en zonas de asignación de residencia para una población a la cual se le prohíbe traspasar sus fronteras. Pero lo que hace falta remarcar es que, incluso hasta en los inmensos barrios de barracas del tercer mundo, las representaciones capitalistas encuentran la manera de infiltrarse mediante televisores, gadgets y drogas. La acomodación del amo y del esclavo, del pobre y del rico, del privilegiado y del subdesarrollado tiende a producirse conjuntamente en el espacio urbano visible y en

formaciones de poder y de subjetividad alienadas. La desterritorialización capitalista de la ciudad, sólo representa, pues, un estadio intermedio; se instaura sobre la base de la reterritorialización rico/pobre. Así, no se trata de aspirar a volver a las ciudades cerradas sobre sí mismas de la época medieval, sino, al contrario, de ir hacia una desterritorialización suplementaria, polarizando la ciudad hacia nuevos universos de valor que le concedan como finalidad fundamental una producción de subjetividad no segregadora y, no obstante, resingularizada, es decir, liberada de la hegemonía de la valorización capitalista centrada únicamente en el beneficio. Esto no quiere decir que necesariamente haga falta abandonar las regulaciones de los sistemas de mercado.

Es preciso admitir que la persistencia de la miseria no es una simple situación residual, sufrida más o menos pasivamente por las sociedades ricas. La pobreza es deseada por el sistema capitalista, que se sirve de ella como una palanca para controlar la fuerza de trabajo colectiva. El individuo está obligado a someterse a las disciplinas urbanas, a las exigencias de la condición de asalariado o de los rendimientos del capital. Está obligado a ocupar un lugar determinado en la escala social, sin el cual se hundiría en el abismo de la pobreza, de la asistencia social y, eventualmente, de la delincuencia. La subjetividad colectiva regida por el capitalismo se polariza dentro de un campo de valor: rico/pobre, autonomía/asistencia, integración/desintegración.

Pero, ¿es este sistema de valores hegemónico el único concebible? ¿El corolario indispensable de toda consistencia social? ¿No podemos prever la emancipación de otros modos de valorización (el valor de la solidaridad, el valor estético, el valor ecológico, etc.)? La ecosofía se centra, justamente, en un redespiegue de los valores. Otras motivaciones que no sean la atroz amenaza de la miseria han de ser capaces de promover la división del trabajo y la dedicación de los individuos a actividades socialmente reconocidas. Esta refundación ecosófica de las prácticas se ha de establecer de forma escalonada primero en los niveles más cotidianos, personales, familiares, de vecindad, hasta llegar a los retos geopolíticos y ecológicos del planeta. Debe cuestionarse la separación entre lo civil y lo público, entre lo que es ético y lo que es político, y reclamarse la redefinición de las formas colectivas de expresión, concertación y realización. No sólo llevará a “cambiar la vida”, como decía la contracultura de los años sesenta, sino a cambiar la manera de hacer urbanismo, educación, psiquiatría y política, así como la manera de gestionar las relaciones internacionales. No se trata, pues, de volver a concepciones “espontaneistas” o a una autogestión simplista, sino de combinar una organización compleja de sociedad y de la producción junto con una ecología mental y de relaciones interpersonales de un nuevo tipo.

Dentro de este contexto, el porvenir de la urbanización parece estar marcado por diversos rasgos, de implicaciones muy a menudo contradictorias:

1. **-Un fortalecimiento del gigantismo**, sinónimo de desarrollar las comunicaciones internas y externas, y de aumentar la contaminación que, con demasiada frecuencia, llega ya a niveles intolerables.

2.- Una constricción del espacio de la comunicación (que Paul Virilio denomina la “dromosfera”)⁵, a causa de una aceleración de la velocidad del transporte y de la intensificación de los medios de telecomunicación.

3.- Un fortalecimiento de las desigualdades globales entre las zonas urbanas de los países ricos y las de los del Tercer Mundo, y una acentuación de las diferencias en las ciudades entre los barrios ricos y los pobres, que no harán otra cosa que agudizar los problemas de seguridad personal y de bienes, la constitución de zonas urbanas relativamente incontroladas en la periferia de las grandes metrópolis.

4.- Un movimiento doble:

a) de fijación de la población a los espacios nacionales, con un control reforzado, en las fronteras y los aeropuertos, de la inmigración clandestina y con una política de limitación de la inmigración;

b) de una tendencia contraria al nomadismo urbano:

- nomadismo cotidiano, consecuencia de las distancias entre el lugar de trabajo y el hogar, que no han hecho sino aumentar, por ejemplo en Tokio, a causa de la especulación;

- nomadismo de trabajo, por ejemplo entre Alsacia y Alemania, o entre Los Ángeles, San Diego y México.

- presión nómada de las poblaciones del Tercer Mundo y de los países del Este hacia los países ricos.

Podemos pensar que, en el futuro, estos movimientos aquí cualificados de nómadas, se volverán cada vez más difíciles de controlar y serán una fuente de fricciones étnicas, racistas y xenóforas.

5.- Constitución de subconjuntos urbanos “tribalizados” o más exactamente centrados en una o en diversas categorías de población de origen extranjero (por ejemplo en Estados Unidos, los barrios negros, chinos, puertorriqueños, chicanos, etc.)

Algunas ciudades de gran crecimiento como México, que dentro de unos años llegará a los treinta millones de habitantes y que sufre una tasa récord de contaminación y de embotellamientos, parecen enfrentarse a obstáculos insuperables. Otras ciudades ricas, como por ejemplo en Japón, prevén movilizar enormes recursos para remodelar su configuración. Pero la respuesta a estas problemáticas sobrepasa, por lo que parece, el marco del urbanismo y de la economía, e involucra otros aspectos sociopolíticos, ecológicos y éticos.

⁵ Virilio, P.: *Vitesse et politique*. Galilée, Paris, 1977.

Las ciudades se han convertido en máquinas inmensas -"megamáquinas", en palabras de Lewis Mumford⁶, productoras de subjetividad individual y colectiva, mediante los servicios colectivos (educación, sanidad, control social, cultura, etc.) y los medios de comunicación de masas. No podemos separar los aspectos de infraestructura material, de comunicación, de servicio, de funciones, que podemos cualificar de existenciales. La sensibilidad, la inteligencia, el estilo interrelacional y hasta los fantasmas inconscientes están modelados por estas megamáquinas. De aquí la importancia que se instaure una transdisciplinariedad entre los urbanistas, los arquitectos y las demás disciplinas de las ciencias sociales, humanas y ecológicas. El drama urbano que se perfila en el horizonte de este fin de milenio es sólo un aspecto de una crisis mucho más profunda que amenaza el futuro de la especie humana en este planeta. Sin una reorientación radical de los medios y, sobre todo, de las finalidades de la producción, el conjunto de la biosfera se desequilibrará y evolucionará hacia un estado de incompatibilidad total con la vida humana y, en términos más generales, con toda forma de vida animal y vegetal. Esta reorientación implica un cambio urgente en la industrialización, especialmente de la química y la energética, una limitación del tráfico rodado o la invención de medios de transporte no contaminantes, la suspensión de las grandes deforestaciones... De hecho, lo que hace falta cuestionar es todo un espíritu de competencia económica entre los individuos, las empresas y las naciones.

Hoy por hoy, la actual concienciación ecológica sólo llega a una minoría de la opinión, por mucho que los grandes medios de comunicación comiencen a estar bastante sensibilizados por estos asuntos, a medida que se definen los riesgos. Pero aún estamos lejos de llegar a una voluntad colectiva operativa capaz de enfrentarse a los problemas y de influir en las instancias políticas y económicas que tienen el poder. Hay, por lo tanto, una especie de carrera entre la conciencia humana colectiva, el instinto de supervivencia de la humanidad y un horizonte catastrófico que augura el fin del mundo humano en el plazo de algunos decenios. Una perspectiva que hace que nuestra época sea a la vez inquietante y apasionante, ya que los factores éticos y políticos adquieren un cariz que jamás habían tenido en el curso de la historia.

No puedo dejar de señalar que la futura concienciación ecológica no debería conformarse con preocuparse por factores ambientales como la contaminación atmosférica, las previsible consecuencias del calentamiento del planeta, la desaparición de numerosas especies, sino que también debería responder a la devastación ecológica relativa al campo social y al ámbito mental. Sin una transformación de la mentalidad y de las costumbres colectivas, sólo habrá medidas de "recuperación" del medio ambiental.

Los países del sur son las principales víctimas de este tipo de devastación, a causa del aberrante sistema que, hoy por hoy, preside los intercambios

⁶ Mumford, L.: **La ciudad en la historia. Sus orígenes y transformaciones**. Ediciones Infinito, Buenos aires, 1968.

internacionales. Por ejemplo, el control del catastrófico crecimiento demográfico que sufren la mayoría de ellos está vinculado, en gran parte, a su salida del marasmo económico, a la promoción de un desarrollo armonioso que sustituya los objetivos de un crecimiento ciego centrado únicamente en los beneficios. A la larga, los países ricos no sacarán ningún provecho de la política actual, pero, ¿cómo adquirirán conciencia del abismo al cual les abocan sus dirigentes? El miedo a la catástrofe, el terror del fin del mundo no son necesariamente los mejores consejeros. La proclamación de las masas alemanas, italianas, japonesas de la ideología suicida del fascismo, hace cincuenta años, sólo nos ha demostrado que la catástrofe llama a catástrofe en una especie de vértigo colectivo mortal.

Es, por lo tanto, primordial que un nuevo eje progresista, cristalizado alrededor de los valores positivos de la ecosofía, considere como una de sus prioridades remediar la miseria moral, la pérdida de sentido que va anulando cada vez más la subjetividad de las poblaciones desarraigadas, sin futuro, dentro de las mismas ciudades capitalistas. Haría falta describir el sentimiento de soledad, de abandono, de vacío existencial que invade los países europeos y los Estados Unidos. Millones de personas sin trabajo, millones de personas que necesitan asistencia llevan una vida desesperada dentro de unas sociedades cuya única finalidad es la producción de bienes materiales o culturales estandarizados, que no permiten la expansión ni el desarrollo de las capacidades humanas. Ya no podemos contentarnos con definir la ciudad en términos de espacialidad. La naturaleza del fenómeno urbano ha cambiado. Ya no es un problema entre otros. Es el problema número uno, el problema crucial de los retos económicos, sociales, ideológicos y culturales. La ciudad produce el destino de la humanidad, sus promociones así como sus segregaciones, la formación de élites, el porvenir de la innovación social, de la creación en todos los ámbitos. Asistimos demasiado a menudo al desconocimiento de la problemática de este aspecto global. Los políticos tienden a dejar estos asuntos en manos de los especialistas. No obstante, cabe señalar una cierta evolución. En Francia asistimos, bajo la presión de los ecologistas, tanto de derechas como de izquierdas, a una especie de recentramiento de la vida política en el nivel local urbano. Los debates en el Parlamento tienden a pasar a un segundo plano en relación con los retos que hay en las grandes ciudades y las regiones. Hay incluso, en estado latente, un inicio de rebelión de los concejales de Francia contra los estados políticos mayores concentrados en la capital. Pero sólo es una tímida evolución que más adelante podría llegar a alterar mucho más profundamente el conjunto de la vida política.

Uno de los motores importantes de las futuras transformaciones urbanas será la invención de nuevas tecnologías, sobre todo la conjunción entre lo audiovisual, la informática y la telemática. Resumimos lo que podemos esperar en un futuro próximo:

- la posibilidad de hacer desde casa los trabajos más diversos, unidos telemáticamente con diversos interlocutores;

- el desarrollo de la visiofonía en correlación con la síntesis de la voz humana, hecho que simplificará en gran medida el uso de teleservicios y bancos de datos, que tomarán el relevo de bibliotecas, archivos y servicios de información;
- la generalización de la teledistribución por cable o teléfono, que dará acceso a un gran número de programas en los campos de ocio, la educación, la formación, la información y las compras desde casa;
- el contacto inmediato con personas que estén de viaje alrededor del mundo;
- nuevos medios de transporte, no contaminantes, que combinen el transporte público con las ventajas del transporte individual (convoy integrado de transportes individuales, cintas transportadoras de gran velocidad, pequeños vehículos programados que circularán sobre lugares adecuados);
- una clara separación entre los niveles y los emplazamientos destinados al tráfico rodado y aquellos destinados a peatones;
- nuevos medios de transporte de mercancías (tubos neumáticos, cintas transportadoras programadas que permitan, por ejemplo, la entrega a domicilio).⁷ En cuanto a los nuevos materiales, las futuras construcciones permitirán un diseño cada vez más audaz, un atrevimiento arquitectónico mayor, indisolublemente vinculado a la lucha contra la contaminación y el ruido ambiental (tratamiento de aguas, residuos biodegradables, desaparición de los componentes tóxicos de la alimentación, etc.)

A continuación resumimos los factores que llevarán a poner cada vez más el acento sobre la ciudad como medio de producción de la subjetividad mediante nuevas prácticas ecosóficadas:

1.- Las revoluciones informáticas, robóticas, telemáticas, biotecnológicas comportarán un crecimiento exponencial de todas las formas de producción de bienes materiales e inmateriales. Pero esta producción tendrá lugar sin crear un nuevo volumen de ocupación, como demuestra un excelente libro de Jaques Robin, *Changer d'ère*.⁸ En estas condiciones se produce una cantidad creciente de tiempo disponible y de actividad de ocio. ¿Qué haremos? ¿"Pequeños trabajos" insignificantes, como han imaginado las autoridades francesas? ¿O desarrollaremos nuevas relaciones sociales de solidaridad, de ayuda mutua, de vida vecinal, nuevas actividades de protección del medio ambiente, un nuevo concepto de cultura, menos pasivas delante del televisor, más creativas, etc.?

2.- Este primer factor se verá reforzado por las consecuencias del enorme crecimiento demográfico que se mantendrá, a escala planetaria, durante decenios, esencialmente en los países pobres, y que no hará otra cosa que

⁷ de Rosnay, Jöel: **Les Rendez-vous du futur**. Fayard, Paris, 1991.

⁸ Robin, Jaques: *Changer d'ère*. Le Seuil, Paris, 1989.

exacerbar la contradicción entre los países donde “suceden las cosas” en los ámbitos económicos y culturales, y los países del vacío, de la desolación y de la asistencia pasiva. También allí se planteará de forma acuciante la cuestión de la reconstrucción de las formas de socialización destruidas por el capitalismo, el colonialismo y el imperialismo. Se volverá a conceder un papel destacado, en este sentido, a formas renovadas de cooperación.

3.- En un sentido contrario, asistiremos a un pronunciado descenso demográfico en los países desarrollados (América del Norte, Europa, Australia, etc.). En Francia, por ejemplo, se constata que la tasa de fecundidad de las mujeres ha disminuido el 30% desde 1950. Esta inflexión demográfica es paralela a una verdadera descomposición de las estructuras familiares tradicionales (disminución del número de enlaces matrimoniales, crecimiento de emparejamientos fuera del matrimonio, aumento de los divorcios, desaparición progresiva de las relaciones de solidaridad familiar más allá del núcleo familiar inmediato, etc.). Este aislamiento de los individuos y de las familias nucleares no se ha compensado en ningún caso mediante la creación de nuevas relaciones sociales. La vida de la vecindad, la vida asociativa, sindical y religiosa sigue estancada y, en general, decrece, “compensada” por el consumo pasivo e infantilizador de los medios de comunicación de masas. Lo que subiste de la familia se ha convertido en un refugio, a menudo regresivo y conflictivo. El nuevo individualismo que se ha impuesto a las sociedades desarrolladas hasta el mismo corazón de las familias no es sinónimo de liberación social. En este sentido, los arquitectos, los urbanistas, los sociólogos, y los psicólogos tendrán que reflexionar sobre lo que podría ser una resocialización de los individuos, una reinención del tejido social, entendiendo que, con toda probabilidad, no se producirá la vuelta a la recomposición de las antiguas estructuras familiares⁹, de las antiguas relaciones corporativas, etc.

4.- La expansión de las tecnologías de la información y del control permitirán considerar de manera distinta las relaciones jerárquicas existentes actualmente entre las ciudades y entre los barrios de una misma ciudad. Por ejemplo, hoy en día, París concentra más del 80% de las direcciones de empresas medianas y grandes que se encuentran establecidas por todo el territorio francés, mientras que la segunda ciudad de Francia, Lyon, ostenta menos del 3% del poder de decisión y ninguna otra ciudad alcanza el 2%. Las transmisiones telemáticas deberían permitir modificar este centralismo abusivo. Igualmente, podemos imaginar que en todos los ámbitos significativos de la vida democrática, particularmente en las categorías más locales, serán posibles nuevas formas de concentración telemática.

5.- Los sectores culturales y educativos, el acceso a una multitud de cadenas de cable, bancos de datos, cinematecas, etc. podrían abrir posibilidades de gran alcance, especialmente en el campo de la creatividad institucional.

⁹ Roussel, Louis: “L’avenir de la famille”, La recherche, n° 14. Paris, Octubre, 1989.

Pero estas nuevas perspectivas sólo tendrán sentido si son guiadas por una verdadera experimentación social que conduzca a una evaluación y una reapropiación colectiva y que enriquezca la subjetividad individual y colectiva, más que el resultado de trabajar, como desgraciadamente ocurre demasiado a menudo con los medios de comunicación de masas actuales, hacia un reduccionismo, un serialismo, un empobrecimiento general de la "ciudad subjetiva". Sugiero que, durante la aclaración de los programas de nuevas ciudades, de renovación de barrios antiguos o de reconversión de los viejos solares industriales, se establezcan contratos de investigación y experimentación social de envergadura, no sólo con investigadores en ciencias sociales sino también con cierto número de futuros habitantes y usuarios de estas construcciones, con el fin de estudiar lo que podrían ser nuevos modos de vida doméstica, nuevas prácticas de vecindad, educativas, culturales, deportivas, de atención a la infancia, a las personas mayores, a los enfermos, etc.

De hecho, los medios para cambiar la vida y crear un nuevo estilo de actividad, nuevos valores sociales, están a nuestro alcance. Sólo hace falta el deseo y la voluntad política de asumir este tipo de transformaciones. Estas nuevas prácticas afectan a los modos de utilización del tiempo liberado por el maquinismo moderno, a las nuevas maneras de concebir las relaciones con la infancia, con la condición femenina, con las personas mayores, las relaciones transculturales... Lo que ha de preceder a estos cambios es la toma de conciencia del hecho de que es posible y necesario modificar la situación actual, y que no hay nada que sea más urgente. Sólo en un clima de libertad y emulación se podrán experimentar los nuevos caminos del hábitat, y nunca a golpe de leyes y circulares tecnocráticos. Al mismo tiempo, esta suerte de remodelación de la vida urbana implica que se produzcan transformaciones en la división planetaria del trabajo y, particularmente, que numerosos países del Tercer Mundo dejen de ser tratados como guetos asistenciales. También es necesario que desaparezcan los antiguos antagonismos internacionales y que se siga una política general de desarmamento que permita transferir créditos considerables a la experimentación de un nuevo urbanismo.

Un punto en el que me gustaría insistir es el de la emancipación femenina. La reinención de una democracia social implica, en gran medida, que las mujeres estén en condiciones de asumir todas sus responsabilidades en todos los niveles de la sociedad. La exacerbación, mediante la educación y los medios de comunicación de masas, de la diferencia psicológica y social entre lo masculino y lo femenino, que sitúa al hombre en un sistema de valores competitivo y a la mujer en una posición de pasividad, es sinónimo de un cierto desconocimiento de la relación con el espacio como lugar de bienestar existencial. También debe inventarse una nueva dulzura, una nueva manera de escuchar a los demás en su diferencia y singularidad. ¿Tendremos que esperar transformaciones políticas globales antes de emprender las revoluciones moleculares que han de concurrir para cambiar las mentalidades? Nos encontramos frente a un círculo de doble sentido: por un lado, la sociedad, la política, la economía no pueden evolucionar sin una mutación de la mentalidad, pero, por otro lado, la mentalidad sólo puede

modificarse realmente si la sociedad experimenta un movimiento de transformación a nivel global.

La experimentación social a gran escala que preconizamos constituirá uno de los medios de salir de esta contradicción. Algunas experiencias logradas del nuevo tipo de hábitat tendrían consecuencias considerables para estimular una voluntad general de cambio. (Como se vio, por ejemplo, en el campo de la pedagogía, con la experiencia “iniciática” de Célestin Freinet, que reinventó totalmente el espacio de la clase escolar). Esencialmente, el objeto urbano es de una complejidad considerable y pide ser abordado con una metodología apropiada a esta complejidad.

La experimentación social aspira a especies particulares de extraños “atractores”, comparables con los de la física de los procesos caóticos. Un orden objetivo “mutante” puede nacer del caos actual de nuestras ciudades, así como también una nueva poesía, un nuevo arte de vivir. Esta “lógica del caos” pide fijar la máxima atención en las situaciones por su singularidad. Se trata de entrar en procesos de resingularización y de irreversibilidad del tiempo. Se trata, además, de construir, no sólo dentro de lo real, sino también dentro de lo factible, en función de las bifurcaciones que puedan emprenderse; construir dando oportunidades a las mutaciones virtuales que llevarán a las generaciones a vivir, sentir y pensar de una manera diferente a la actual, teniendo en cuenta las inmensas transformaciones, sobre todo de orden tecnológico, que se experimentan en nuestra época. Lo ideal sería modificar la programación de los espacios construidos según las mutaciones institucionales y funcionales que les reserva el futuro.

En este sentido, una reconversión ecosófica de las prácticas arquitectónicas y urbanísticas podría ser decisiva.

El objetivo moderno ha sido durante mucho tiempo el de un hábitat estándar, establecido a partir de unas pretendidas “necesidades fundamentales determinadas de una vez por siempre” Me refiero al dogma constituido por la denominada “Carta de Atenas” de 1933, que representa la síntesis de los trabajos del CIAM (Congreso Internacional de Arquitectura Moderna), de la cual Le Corbusier dio una versión comentada al cabo de diez años, y que fue el credo teórico de diversas generaciones de urbanistas. Esta perspectiva de modernismo universalista está definitivamente caduca. Los artistas polisémicos, polifónicos, en que se han de convertir los arquitectos y los urbanistas, trabajan con un material humano y social que no es universal, con proyectos individuales y colectivos que evolucionan cada vez más deprisa y donde la singularidad -incluyendo la estética- debe actualizarse mediante una verdadera mayéutica que implique, especialmente, procedimientos de análisis institucional y de exploración de las formaciones subjetivas inconscientes.

En estas condiciones, el diseño arquitectónico y la programación urbanística han de ser considerados dentro de su movimiento, dentro de su dialéctica. Son llamados a convertirse en cartografías multidimensionales de la producción de la

subjetividad. Las aspiraciones colectivas cambian y cambiarán mañana cada vez más deprisa. Hace falta que la calidad de la producción de esta nueva subjetividad se convierta en la primera finalidad de las actividades humanas, y para poder conseguirlo, se precisa poner la tecnología apropiada a su servicio. Este recentramiento no es sólo, pues, responsabilidad de los especialistas, sino que pide la movilización de todos los integrantes de la “ciudad subjetiva”. El nomadismo salvaje de la desterritorialización contemporánea reclama una aprehensión “transversal” de la subjetividad que emerge, una captación que se esfuerce en articular puntos de singularidad (por ejemplo, una configuración particular del territorio o del medio, unas dimensiones existenciales específicas, el espacio visto por los niños, los disminuidos físicos o los enfermos mentales), una transformación funcional virtual (por ejemplo, innovaciones pedagógicas) mientras se fundamenta un estilo, una inspiración, que permitirá reconocer, a primera vista, la firma individual o colectiva de un creador.

La complejidad arquitectónica y urbanística encontrará su expresión dialéctica en unas tecnologías del diseño y de programación -con la ayuda, de ahora en adelante, del ordenador-, una expresión que no se cerrará sobre sí misma, sino que se articulará en el conjunto de la disposición enunciativa de la cual es objeto. El edificio y la ciudad constituyen tipos de objeto que son portadores de funciones subjetivas, de “objetividades-subjetividades” parciales.

Estas funciones de subjetivación parcial que nos presenta el espacio urbano no habrían de ser abandonadas al azar del mercado inmobiliario y las programaciones tecnocráticas, ni al gusto medio de los consumidores. Hace falta considerar todos estos factores, pero han de seguir siendo relativos. Requieren, mediante las intervenciones del arquitecto y del urbanista, ser elaborados e interpretados, en el sentido en que un director de orquesta hace vivir de una manera constantemente innovadora los *phylums* musicales. Esta subjetivación parcial tendrá, por un lado, tendencia a apegarse al pasado, a las reminiscencias culturales, a las redundancias que dan seguridad, pero, por otro lado, continuará a la espera de elementos de sorpresa, de innovación, en sus puntos de vista, dispuesta a ser un poco desestabilizadora.

Estos puntos de ruptura, estos espacios de singularización no pueden ser asumidos a través de los procedimientos de consenso y democráticos comunes.

Se trata, en resumen, de llevar a cabo una transferencia de singularidad entre el artista creador de espacios y la subjetividad colectiva. Así el arquitecto y el urbanista se encuentran atrapados, por una parte entre el nomadismo caótico de la urbanización descontrolada o únicamente regulada por instancias tecnocráticas y financieras, y, por otro lado, su nomadismo ecosófico, que se manifiesta a través de su peculiaridad diagramática. Sin embargo, esta interacción entre la creatividad individual y las múltiples constricciones materiales y sociales recibe una sanción de verdad: hay, en efecto, un salto a partir del cual el objeto arquitectónico y el objeto urbanístico adquieren su consistencia de enunciadores subjetivos: o se decide vivir o se continúa muerto.

La complejidad de la posición del arquitecto y del urbanista es extrema pero apasionante desde que tienen en cuenta su responsabilidad estética, ética y política. Inmersos en el consenso de la ciudad democrática, les corresponde guiar mediante el dibujo y el diseño las decisivas bifurcaciones del destino de la ciudad subjetiva.

O bien la humanidad, con su ayuda, reinventa su porvenir urbano o estará condenada a perecer bajo el peso de su inmovilismo, que hoy amenaza con convertirla en impotente delante de los extraordinarios retos que le plantea la historia.

Félix Guattari (1930-1992) psicoanalista y filósofo, miembro de la *École freudienne de Paris* y fundador de las revistas *“Recherches”* y *“Chimères,”* en la que apareció publicado por primera vez este texto. Es coautor junto a Gilles Deleuze de *“El Antiedipo”* y *“Mil Mesetas”*, coautor junto a Toni Negri, de *“Las verdades nómadas”* y autor de *“Las tres ecologías”*.